

MIRET MAGDALENA

LA COMPLEJA REALIDAD

Unos dicen —como el periodista de *Paris Match* Robert Serrou—: «Tempestad sobre la Iglesia». Otros, en cambio, saludan optimistamente —como el Cardenal Suenens— la crisis que se aprecia en lo eclesial, diciendo que es sólo una crisis de crecimiento.

La verdad es, sin embargo, menos simplista que como la hacen estos dos observadores del proceso actual del catolicismo. Porque la realidad no es lineal, o sea, ni sencilla ni obvia, sino dialéctica. Y esto ocurre lo mismo en la Iglesia que en la sociedad o el individuo.

Un Cardenal católico del siglo XV —Nicolás de Cusa— lo apreció también así. Y mantuvo que el mundo no está hecho por un habilidoso relojero que maneja un mecanismo que avanza sin desmayo, sino que se trata de una paradójica realidad difícilmente abarcable por nuestros razonamientos recortados y perfectamente coherentes.

Lo mismo que ocurre hoy, si lo miramos bien y profundamente.

Muchos, en España, como decía Ortega y Gasset, solemos buscar al culpable, y en seguida encontramos a una persona, o a una institución, para echarle la culpa absoluta de nuestros males, quedándonos después descansados y tranquilos, sin hacer ya nada, porque nos sentimos exonerados de responsabilidad al culpar al otro o a los otros.

Y nuestra actitud —equivocada actitud— es esperar el santo **advenimiento**; o confiar ingenuamente en una vuelta de la tortilla, que casi nunca llega; o que, cuando llega, no cambia nada más que la apariencia, sin llegar al fondo de las cosas.

Esa ha sido muchas veces desgraciadamente nuestra historia. Historia ocurrida por habernos olvidado de esa compleja realidad que queremos abarcarla sólo con expedientes simplistas de enjuiciamiento o de acción.

La lógica lineal, la que inventó Aristóteles y desarrolló Santo Tomás, y que hoy practican sólo los niños —o los hombres añados, que son la mayoría—, ha sido superada hace mucho tiempo y no sirve para la acción.

La sociología científica del siglo XIX usó esta lógica dialéctica sin llegar a exponer su teoría; pero dando un paso que fue más importante al aplicarla directamente al estudio crítico de la realidad económico-social de una sociedad —como la decimonónica— incipientemente capitalista.

Y su aplicación al análisis de la situación tuvo un éxito completo. Por eso hoy son pocos los pensadores o sociólogos que no parten de ese análisis y ya no usan un instrumento demasiado simplista para valorar la realidad, como se solía hacer por ellos hasta hace poco.

Lo que ocurre es que la masa —no sólo la ignorante, sino la masa sociológica que todos somos— se halla retrasada —muy retrasada— respecto a estos cambios de mentalidad, que deberían reflejarse más en nuestro cambio de comportamiento para no ir eternamente atrasados.

Y en el campo católico, y sobre todo eclesiástico, es especialmente expresivo esto. Porque todo lo medimos con módulos simplistas, todavía en función de avance o retroceso lineal —somos, por ejemplo, integristas o progresistas sin nada más—; pero esto revela que procedemos con el mismo esquema mental infantil de medida, que nos impide ver la realidad de fondo, y pasamos siempre superficialmente por los acontecimientos, sin responsabilizarnos eficazmente en su cambio, transformación o reorientación, y por eso obtenemos tan poco resultado con nuestras actitudes poco inteligentes en el fondo.

La física actual nos está enseñando lo mismo, porque todos campos humanos se encuentran. Ondas y corpúsculos parecían modelos definitivos y contradictorios, defendidos por teorías opuestas para explicar la realidad. Hoy —gracias, sobre todo, a Luis de Broglie— es necesario confesar la «complementariedad» de esas explicaciones simplistas de la compleja realidad. Incluso se eleva, por el inteligente físico Niels Bohr, esta «complementariedad» a principio.

Si se quiere adelantar algo en el conocimiento de lo real, hemos ahora de reconocer que la concepción ingenua de la materia del materialismo de la ciencia occidental, no sólo de hace cien años, sino de hace cuarenta años, la dialéctica la combatió y ha sido superada: «nuestras concepciones de la materia se

han revelado mucho menos materialistas que las que estaban en boga en la segunda mitad del siglo XIX», dice el gran físico E. Schrödinger en *Ciencia y Humanismo*.

Entramos por eso —tras este fracaso de nuestra actividad— en el reino no de los principios abstractos, como antes, sino de los principios metodológicos. No decimos ya, por ejemplo, que «el fin justifica los medios» —si somos avanzados—, o lo contrario —si somos conservadores—, sino otra cosa distinta, que nos ayude metódicamente en cada caso concreto a encontrar la solución, que nunca puede hallarse prefabricada. «No hay sistema alguno para juzgar adecuadamente la situación humana concreta, casi siempre tan compleja», dice el moralista católico Padre Van der Marck, O. P. Y añade, con razón, que «no existe un solo principio que nos pueda decir cómo resultaría una responsabilidad humana... En una situación concreta... hay que recurrir no a la ciencia pura, sino a una conciencia de los valores y relaciones humanas» (*Amor y Fertilidad*, Ed. Carlos Lohlé, Buenos Aires). El desarrollo humano es nuestro norte único.

Durante muchos años se ha debatido en pro y en contra, por ejemplo, el tema de los **trasplantes**, sin haber llegado nada más que a soluciones morales ingeniosas —unas, a favor; otras, en contra— que son irreales. Porque «es posible —sigue diciendo el Padre Marck— que lo que ayer se consideraba una **mutilación** —con toda razón— hoy pueda ser vivido como un **trasplante**, gracias a la ciencia quirúrgica y no a la moral teórica, que no puede aclararnos nada de este nuevo avance científico con sus principios abstractos.

En el problema de la **píldora** —y de la regulación de la natalidad—, opino también —con este teólogo y con otros muchos— que ha ocurrido lo mismo: se ha planteado su discusión a nivel de principios abstractos, y por eso unos la combaten y otros la defienden, usando unos argumentos irreales que a nadie, con una mentalidad realista y madura, convencen.

Por tanto, sólo cuando estudiemos seriamente la realidad y aceptemos que es «complementaria» e inabarcable por nuestra pequeña lógica simplista, podremos ir adelante influyendo decisivamente sobre ella, para desarrollarla o cambiarla, eligiendo medios adecuados a su complejidad. Y no recurriendo, si somos conservadores, a la pasividad, y, si somos progresistas, por ejemplo, a la ingenua revolución permanente de Trotsky, tan combatida por el gran realista Lenin. Nuestra guía tiene que ser la eficacia para conseguir el desarrollo humano.

Los principios que deben guiarnos por la vida individual o social no serán ya los del fin y los medios separados entre sí y juzgados como si fuesen realidades aparte, porque «fin y medios forman una totalidad indisoluble», como dice muy bien Simone de Beauvoir. Ni tampoco sostendremos, con palabras o conducta, «que bueno sea sinónimo de químicamente puros», porque los puritanismos son falsos (V. de Marck, O. c.). Lo que se hace preciso es hallar caminos eficaces que —desde el primer momento— vayan liberando al hombre, aunque sólo sea en la medida de lo posible, acostumbrándole y educándole a otra cosa.

Quien orgullosamente se retira de la realidad —para mantenerse puro— olvida que «descender a tierra es aceptar la sujeción y el fracaso, es admitir que es imposible —de una sola vez— salvarlo todo»; aunque, a veces, algunos tendrán que hacerlo como testimonio aleccionador para la masa. Pero si hemos de ser conscientes, cristianos y no cristianos, de lo poco que hacemos y de la sujeción de que vivimos rodeados muchas veces, y buscaremos caminos e ideas transformadoras sin ceder un ápice en nuestra no-aceptación de lo sucio o lo inhumano.

Por mantener y desarrollar la confianza y el amor hacia el ser humano, rechazaremos totalmente el uso de procedimientos envilecedores, aunque parezcan prácticos, llegando incluso —como de algunos resistentes franceses dice Simone de Beauvoir— «a pagar esa confianza con su vida». Pero siempre seremos realistas, cuando se nos presente un camino, por pequeño que sea, de influencia o transformación, utilizando los medios más eficaces —no los más simplistas— para conseguirla.

Lo que no hay es un módulo único para saber —como si fuésemos todavía niños— lo que tenemos que hacer ante cualquier situación nueva. Hemos de esforzarnos por clarificarla, con plena responsabilidad y seriedad, haciendo siempre lo más inteligentemente eficaz para desarrollarla o para desecharla.